

Sepúlveda, Irma Sabina	200
Serra Rojas, Andrés	201
Silva Herzog, Jesús	202
Solana, Rafael	203
Sotomayor, Arturo	204
Spota, Luis	205
Suárez, Luis	206
Taracena, Alfonso	207
Tibón, Gutierre	208
Torres Bodet, Jaime	209
Toscano, Carmen	210
Toscano, Salvador	211
Treviño González, Emeterio	212
Uranga, Emilio	213
Usigli, Rodolfo	214
Valadés, Edmundo	215
Vargas Mac Donald, Antonio	216
Vilalta, Maruxa	217
Vizcaya Canales, Isidro	218
Xirau, Ramón	219
Yáñez, Agustín	220
Zaid, Gabriel	221
Zambrano, María	222
Zea, Leopoldo	223
Zendejas, Francisco	224

GRANDE ENTRE LOS GRANDES

Ricardo C. Villarreal Arrambide

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, se viste de gala al publicar las dedicatorias que de su puño y letra le obsequiaron, junto con sus obras, los más prestigiados pensadores de España, Centro y Sudamérica, y por supuesto, de México.

Están presentes sus amigos más cercanos, integrantes todos de su misma generación, la de 1929—Raúl Rangel Frías apuntando: «Al gran maestro de nuestra adolescencia, José Alvarado, a quien tanto deben estas páginas, por su fervor, inteligencia y amor de México y de su juventud»; o las de su amigo y compañero de partido Enrique Ramírez y Ramírez anotándole: «A Pepe Alvarado, mi antiguo, joven y siempre admirado maestro»—también encontramos a la generación de sus mayores con Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán y Mariano Azuela, entre otros; pasando por los integrantes de la revista *Contemporáneos* a los en ese tiempo, más jóvenes, donde podemos incluir a Carlos Fuentes, Salvador Elizondo, José Emilio Pacheco y muchos, muchos más; todos ellos eminentes creadores y pensadores de prestigio en el campo de la investigación literaria.

En todos despertó amistad y respeto. Brindó impulso y orientación a quienes así lo solicitaron, ganándose, por la profundidad de su pensamiento y por la magia de su prosa, el cariño y la admiración de la mayoría.

Resulta emocionante leer el contenido de cada una de las dedicatorias, apreciar en cada escritor, los rasgos de su escritura y conocer las firmas de quienes representan a lo más granado de

nuestra intelectualidad. Cómo evitar la emoción al leer la dedicatoria de Carlos Fuentes: «A José Alvarado, vigilante, lúcido, humano, con cojones, de su gran lector y admirador»; y darnos cuenta que las dedicaron para quien fuera, junto con Enrique C. Livas y Raúl Rangel Frías, uno de los más ilustres Rectores de nuestra Máxima Casa de Estudios.

Este libro se publica por la importancia que tienen las dedicatorias y para recordar el octogésimo cuarto aniversario del natalicio de José Alvarado y el vigésimo de su partida. El tiempo se ha encargado de ir burilando su figura para situarlo en su estricta dimensión: grande entre los grandes.

RECORDANDO «AL GRAN JOSEFO ALVARADO»

José Gpe. Martínez

En importantes obras literarias publicadas en fecha reciente se nombra, con respeto y admiración, al escritor nuevoleonés nacido en Lampazos de Naranjo: José Alvarado.

La más cercana en el tiempo y en el afecto es *Tinísima*, —crónica puntual de la primera mitad de este siglo donde se reflejan con nitidez los sucesos políticos y artísticos acaecidos durante la estancia de Tina y el comandante Carlos en México y la destacada participación de ambos en la Guerra Civil Española— investigación apasionada, bellamente novelada, escrita por Elena Poniatowska. Esta creación monumental nombra a José Alvarado en tres ocasiones. En lo personal me pareció hermosa la página en donde Elena narra y fija para siempre el instante cuando el joven periodista se acerca a Tina y le pregunta si algo se le ofrece:

"—Nada, gracias.

—La admiro mucho, no solo la admiro, me emociona lo que usted es.

Tina se sonroja pero no le pregunta su nombre. ¡Que perceptivo! Le hacía falta su saco porque le caló el frío de noviembre y un momento después fue a descolgarlo del perchero. El joven la alcanzó de inmediato.

—¿Por qué no me lo dijo? Ya ve se lo hubiera traído pero su soberbia le impidió pedírmelo. —Sonríe, una sonrisa inteligente bajo su bigote.

Tina permite que él la ayude y estira su brazo dentro de la manga de la chaqueta. El toma la mano que sale, la guarda entre sus dos manos y la besa.

Algo de él le llega muy profundo a Tina. Su solicitud, el afecto en los ojos. Pregunta al Ratón Velasco:

-¿Quién es ese joven?

-Es uno nuevo, escribe, creo, se llama José Alvarado"⁽¹⁾

En otra crónica novelada, esta más reciente en la historia política de México, de los hombres en el poder y sus debilidades, la corrupción y la violencia, los favores políticos y el cobro de los mismos, el periodismo y la guerrilla; Vigil, uno de los personajes de *La guerra de Galio* escrita por Héctor Aguilar Camín recuerda, al cambiar su domicilio a un departamento de Cerrada de Medellín, que "cada tercer día Alvarado construía con sus artículos sutiles corredores entre cosas tan dispares como las palomas de la ciudad y la policía, las vedettes del burlesque y El banquete de Platón, o las andanzas de su dama mexicana por excelencia, melancólica y persistente como su nombre infatigable; Esperanza Hope".⁽²⁾ Vigil, iría a vivir, precisamente, frente al número 12, correspondiente a la casa donde vivió por muchos años José Alvarado, desde que Juan Manuel Elizondo se vino a radicar en forma definitiva a Nuevo León.

Cuando Vicente Leñero narra en *Los periodistas* el atraco sufrido por Excélsior y la salida de Julio Scherer de la dirección del periódico dedica una página para recordar a José Alvarado, quien era, calificado así por Alejandro Gómez Arias, "Un prodigio de la conversación";⁽³⁾ en este sentido y en esta dimensión lo recuerdan Vicente Leñero y Jorge Ibarguengoitia: "... ir desenrollando, en amenísima plática, su repertorio de anécdotas y recuerdos sobre un México de charlas de cantina, vagabundeos bohemios, incidentes policiales, luchas políticas, amistades con personajes tenidos por la misma nostalgia que Ibarguengoitia siente esta noche cuando busca compañía con la

mirada y encuentra a Manuel Pérez Rocha ocupando la silla donde se hallaba Pepe Alvarado una noche como esta, con copas y sangüichitos como éstos, embrujando con su voz ya rota por el cáncer a un auditorio incondicional que le sorbía su cháchara hasta las primeras horas de la madrugada mientras los rostros somnolientos de los meseros del Ambassadeur, urgían la salida de los últimos de los últimos; pero nada, que no, se iban yendo algunos con la mirada dando vueltas y discretos para no demostrar desinterés al charlista, pero se mantenían soldados a la silla y embriagados por las palabras de Pepe los más fieles, los herederos de aquellos amigos de cantina con los que Pepe escribió su novela de recuerdos contada por última vez ante unos cuantos, Ibarguengoitia, Loubet, Raúl Prieto, tal vez ya nadie estaba cuando el gran Pepe Alvarado concluyó su soliloquio y al toser advirtió su tos enferma rebotándole de las paredes del salón vacío, golpeándole la cara como el viento ebrio del amanecer en el largo Paseo de la Reforma: sábana enorme sacudida a su paso para hacer más difícil el tránsito hacia la muerte. Fue la última vez que lo oí, dice Jorge Ibarguengoitia. Qué ganas de llorar carajo"⁽⁴⁾.

Quise transcribir -con el abuso que esto implica- los fragmentos anteriores porque representan cada uno de ellos homenajes personales y al mismo tiempo públicos para quien fuera por más de cuatro décadas y sin protocolo alguno, cronista de la ciudad de México y sin curul de por medio, aguerrido defensor de los condenados en esta tierra nuestra de dolor y de rapiña.

Las novelas mencionadas no son las únicas que se han ocupado de ponderar las cualidades sobresalientes como ser humano y como escritor de José Alvarado. Quien lea con atención *Manifestación de silencios* de Arturo Azuela reparará de inmediato en que las descripciones fenotípicas e ideológicas de José Augusto Balderas coinciden, en parte, con las del creador de *La*

taberna de los músicos ciegos. Otra crónica, pero esta más concreta, de la historia toda de Nuevo León, de su fundación a la creación de las primeras industrias y de éstas al desarrollo del estado, *El reyno*, escrita por Raúl Rangel Frías, describe en un fragmento autobiográfico sus andanzas juveniles como delegados por la Federación Estudiantil de Nuevo León (FEN) para representar a los estudiantes del Colegio Civil en el Cuarto Congreso Nacional de Estudiantes –segunda época, la primera terminó en 1930– celebrado en San Luis Potosí al que asistieron Juan Guerrero Villarreal, Fidencio de la Fuente, Juan Manuel Elizondo, Raúl Rangel y José Alvarado. Allí trataron de golpearlos y la escena titulada *La huelga*, aunque la acción la sitúa en otro lugar, lo cierto es que sucedió en San Luis Potosí y se salvaron de una segura golpiza por la audacia de Juan Manuel Elizondo, –nombrado como Germán en la novela–. En otra página dice: "Y José... se labró famoso nombre en el ejercicio del periodismo"⁽⁵⁾. Raúl Rangel Frías y Juan Manuel Elizondo son quienes mayor espacio han dedicado para explicar la vida y la obra de José Alvarado. El primero al escribir: *José Alvarado: el joven de Monterrey*, estudio incluido como introducción a la antología *Luces de la ciudad*. Y Juan Manuel Elizondo con ensayos, conferencias y artículos periodísticos recordando al amigo a quien ha señalado como poseedor de una "memoria de prodigio".

Pero la primera novela donde se le incluye y se le rinde un merecido reconocimiento es en la escrita por José Revueltas *Los días terrenales*. Después de exponer con claridad y recreando las tesis que José Alvarado había escrito diez años antes en la revista *Taller*; "Gregorio sonrió al recordar sus palabras –¡Luchemos por una sociedad sin clases! ¡Enhorabuena! ¡Pero no, no para hacer felices a los hombres, sino para hacerlos libremente desdichados, para arrebatarnos toda esperanza, para hacerlos hombres!– es que no había expresado pensamientos propiamente suyos. Una tesis semejante había sido publicada por José Alvarado... Gregorio se

había impresionado profundamente por las ideas del joven filósofo y se había apresurado a hacerlas suyas, con vehemencia y entusiasmo"⁽⁶⁾.

Podríamos ampliar el número de menciones y reconocimientos incluyendo a los autores de Memorias: Víctor Manuel Villaseñor, Andrés Iduarte y Alejandro Gómez Arias; a los antologadores de ensayos, crónicas y cuentos que lo incluyen por la calidad de su obra literaria y sociológica: José Luis Martínez, Carlos Monsiváis y Jaime Erasto Cortés. A los que se ocuparon de él apenas salido de la adolescencia como fueron Simón Guajardo en 1931 y Ciriaco Pacheco Calvo en 1934. El primero señaló desde entonces:

–Escribe su prosa a base de sorpresas.

–Prosa sugestiva, de observación y de detalle, transmite con precisión finos estados psicológicos.

–Es dueño además de una ironía sutil y punzante, para lectores avizados.

–Sus cuentos tienen un sabor marcadamente regional y un color muy mexicano.

–Es un hombre de su tiempo y quiere vivir el presente.⁽⁷⁾

Todos los comentarios encontrados en obras literarias, históricas o antológicas son homenajes claros a la integridad moral e intelectual de José Alvarado. Emerge su personalidad en todos los movimientos sociales y su pluma dispara ráfagas certeras contra hambreadores, simuladores y corruptos, tanto de políticos como de comerciantes.

Desde sus inicios José Alvarado fue todo entrega a favor de las mejores causas: con el "Grupo Renovación" en el Colegio Civil

para tratar de modernizar los sistemas de enseñanza; con los integrantes de la "Generación del 29" por la reforma y la autonomía universitarias a nivel nacional; con el Partido Comunista Mexicano –única posición combativa entonces– por conseguir para los mexicanos mayor justicia social; con el Partido Popular, buscando dar término a la dictadura del partido oficial; como escritor de primera línea en las revistas de mayor prestigio: son sólo algunas –*Futuro, Diógenes, Hoy y Siempre!* y periódicos– en sus mejores días –*El Nacional, El Día y Excelsior*. En todo momento su ingenio, su creatividad y su enorme cultura cohesionaron al periodismo con la literatura. Por toda esta actividad desplegada, José Alvarado cultivó amistad con hombres y mujeres de los más destacados de México. Desde los integrantes de *El Ateneo de la Juventud, Los contemporáneos* y los *Siete sabios* hasta las generaciones más jóvenes de escritores. Sin olvidar a los actores y actrices de la época de oro del cine mexicano. De la amistad con intelectuales y artistas contemporáneos suyos, son en gran parte las dedicatorias –más de seiscientas– que le ofrecieron de su puño y letra poetas, cuentistas, novelistas, pintores, ensayistas, historiadores, antologadores, traductores, ilustradores y por lo general, amigos de José Alvarado.

Para algunos críticos las dedicatorias tienen –por ser apreciaciones íntimas y en la mayoría de los casos *meras cortesías*– un valor mucho menor que las citas de los libros. Esto puede argumentarse. Pero para quienes las escribieron, los verdaderos amigos, los pensamientos anotados se elevan por su sinceridad y a pesar de la brevedad, a la categoría de juicios y observaciones contundentes referidas a su persona y a su obra. Al leerlas se advierte en algunas la cortesía, pero en la mayoría brota la sinceridad; se le escribe al amigo incomparable, al creador de ficciones literarias, al prosista mágico, al periodista valiente, al escritor revolucionario y al filósofo de lo mexicano.

Si a las menciones en libros y a las dedicatorias propiamente dichas agregamos las notas escritas en fotografías, cartas y tarjetas

postales obtendremos un perfil más completo de la personalidad de José Alvarado. Como ejemplo incluimos lo escrito por Gabriel Zaid en el reverso de una tarjeta:

Don José: ¡Qué lujo es desayunarse con un texto como *La Muerte de Lunajod!* ¡Y que esto llegue por debajo de la puerta! Me parece un milagro que el pan de todos los días pueda convertirse en un banquete. Pero la gente que se respeta y respeta al público y respeta su oficio come en casa de Lúculo todos los días. Para colmar el plato de esta ensalada de alusiones diré que: Prosa más sabrosa no vi "de este lado" que la buena prosa de José Alvarado. Con un abrazo de Gabriel Zaid.

A las dedicatorias seleccionadas, escritas por los mejores pensadores mexicanos, españoles –de preferencia los venidos después de la guerra civil española– y de los más prestigiados intelectuales de Centro y Sudamérica las hemos titulado *Deferencias para José Alvarado*. Se publican como un homenaje y con la intención de dar una dimensión más completa de la importancia no sólo política e histórica, sino también literaria de la obra del autor de *Plácido sin reloj, Memorias de un espejo* y *El personaje*, que lo sitúan entre los grandes prosistas mexicanos.

Notas:

1. Poniatowska, Elena, *Tinísima*, Era, 1992. p. 630.
2. Aguilar Camín, Héctor, *La guerra de Galio*, Cal y Arena, 1991. p. 100.
3. *Memoria personal de un país*. Alejandro Gómez Arias con Víctor Díaz Arciniega, Grijalbo, Testimonios, 1990. p. 273.

4. Leñero, Vicente, *Los periodistas*, 5a Ed., Joaquín Mortiz, 1978. p. 37.
5. Rangel Frías, Raúl, *El Reyno*, s/e, 1972. p. 303.
6. Revueltas, José, *Los días terrenales*, Stylo, 1949. pp. 232-33.
7. Guajardo, Simón, *La nueva generación literaria de Nuevo León: 1924-1930*. Revista Estudiantil (Número especial) Monterrey, N.L., julio-agosto de 1931. pp. 8, 94 y 190.

ESCRITORES INCLUIDOS

Para José Alvarado
con mi sincero afecto

Ernilo